

VEKA DUNCAN
RESIGNIFICAR EL COLONIALISMO

CARLOS VELÁZQUEZ
500 GRANDES DISCOS

LUIGI AMARA
LA SILLA EN EL BANQUILLO

NÚM. 272 SÁBADO 10.10.20

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

ELOGIO DE LA AZOTEA

MARTIN SCORSESE

LOS QUE ESCRIBEN Y LOS QUE HABLAN

JUAN DOMINGO ARGÜELLES

QUINO EN SU TINTA

BERNARDO FERNÁNDEZ, *BEF*

Foto > Lola Álvarez Bravo, *Unos suben y otros bajan*,
detalle, 1940. > Fuente > superchannel12.com

Las grandes ciudades de mediados del siglo XX, donde vivieron padres y ancestros de los jóvenes actuales, son por demás distintas. En particular, sus barrios tradicionales hoy resienten el impulso especulativo de la llamada gentrificación que ha transformado sus espacios y encarecido su vida cotidiana. De ese proceso da cuenta, desde la Pequeña Italia de su infancia neoyorquina, un director que no requiere presentación, cuyo cine recupera parte de esas atmósferas iniciáticas, reveladas en lo más alto de los viejos edificios.



ELOGIO DE LA AZOTEA

MARTIN SCORSESE
TRADUCCIÓN ◦ ELÍAS CORRO

Fernand Braudel, el historiador francés, se refería a las épocas históricas anteriores como “planetas diferentes”. La ciudad de Nueva York de mediados del siglo en la que crecí es tan distinta y está tan alejada de la actual, en todos los sentidos, como la Tierra de Júpiter. Mi antiguo vecindario en el Lower East Side hoy es un destino que está de moda, lleno de tiendas y restaurantes carísimos y nuestro antiguo departamento es probable que hoy cobre una renta astronómica. Lo que alguna vez fue la Pequeña Italia hoy son unas cuantas cuerdas de restaurantes, tiendas y cafés por los que llevan a pasear a los grupos.

Y me pregunto, ¿la gente sigue subiendo a la azotea? Y de ser así, ¿qué es lo que ven?

Porque nosotros veíamos el cielo.

Había canciones sobre eso. La más famosa, “Up On the Roof”, escrita por Carole King y Gerry Goffin, y cantada por las Drifters. Y estaba la canción de las Supremes, “Up the Ladder to the Roof”. La azotea estaba también en las películas.



Nido de ratas, de Elia Kazan, estaba situada en Hoboken, pero era una auténtica película de Nueva York, y la escena más tierna y romántica de la película sucede en la azotea.

La azotea era muchas cosas. Era donde la gente criaba y entrenaba palomas, como Brando en la película de Kazan. Era donde la gente se iba a broncear y a colgar la ropa en el verano. Era donde se daban los amoríos. Hasta bodas había en las azoteas —traté de recrear una de ellas en la sección de películas caseras de *Toro salvaje*. La azotea también está en *Calles peligrosas* y en mi primer trabajo, ¿Quién llama a mi puerta?

La azotea era nuestra escotilla y nuestro santuario. Las multitudes a toda hora, la basura y la mugre, el ruido perenne, el caos, la claustrofobia, la agitación perpetua de todo... subíamos al descanso, abríamos la puerta y estábamos arriba de todo. Podíamos respirar. Podíamos soñar. Podíamos ser.

Estas fotos reflejan una necesidad básica, literalmente: erguirte sobre la vida a tu alrededor y hallar refugio y paz. ☑

Fuentes > Prólogo al libro de Susan Meiselas, *Tar Beach: Life on the Rooftops of Little Italy* (Playa de concreto: La vida en las azoteas de la Pequeña Italia, Damiani, 2020), reproducido en *The Telegraph*, 20 de septiembre, 2020. > Foto > fotogramas.es

DIRECTORIO

El Cultural

[Suplemento de La Razón]

Twitter:
@ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega

Director
@sanquintin_plus

CONSEJO EDITORIAL

Julia Santibáñez

Editora
@JSantibanez00

Facebook:
@ElCulturalLaRazon

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki • Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Bruno H. Piché • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Armando S. Armenta

Contáctenos: Conmutador: 5260-6001. Publicidad: 5250-0078. Suscripciones: 5250-0109. Para llamadas del interior: 01-800-8366-868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12

La violencia, incertidumbre y degradación del espacio público han prosperado durante el siglo XXI. A su paso han traído el ascenso de discursos que privilegian el oportunismo, el fanatismo, el interés de lucro económico, político. Así comprometen la capacidad pensante del lenguaje y promueven, en cambio, formas diversas de irracionalidad, más la promesa de recompensas, los paraísos falaces. En ese marco, las figuras del escritor, el orador, el político, aunadas a sus múltiples derivaciones —y a menudo degradaciones— constituyen el tema de este ensayo.

LOS QUE ESCRIBEN Y LOS QUE HABLAN

JUAN DOMINGO ARGÜELLES

Desde 1734, en el tomo cuarto del *Diccionario de Autoridades*, se define el sustantivo masculino *hablador* como “el que habla mucho, sin tiempo y con impertinencia”. La edición del tricentenario del *Diccionario de la lengua española* (Real Academia Española, Madrid, 2014) recoge la definición de aquél y añade su femenino (*habladora*), además de observar que es también adjetivo, pero incurre en una torpe anfibología producto de la pésima redacción tan frecuente en el famoso DRAE: “Que habla mucho, con impertinencia y molestia de quien lo oye”.

No. Lo correcto es: “Persona que habla mucho y con impertinencia, y molesta a quien la oye”. Si leemos bien, en la definición del DRAE resulta que no sólo la “molestia”, sino también la “impertinencia”, son atribuibles al oyente y no al hablador.

Una segunda acepción de *hablador*, en la última edición del DRAE, es la que se aplica a quien “por imprudencia o malicia cuenta todo lo que ve y oye”. Y en una tercera acepción, como americanismo, se aplica al “fanfarrón, valentón o mentiroso”.

Este último término (*mentiroso*) es sinónimo del desusado (para España, ya que no para América) *invencionero* (“embustero, engañador”), más cerca del *cuentero* (“que acostumbra a contar chismes”) y del *cuentista* (“que acostumbra a contar enredos, chismes o embustes”, “persona que suele narrar o escribir cuentos” y “persona que por vanidad u otro motivo semejante exagera o falsea la realidad”) que del *hablantín* (“que habla lo que no debe”) y

“YERRA LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA AL DEFINIR EL SUSTANTIVO *ESCRITOR* (FEMENINO: *ESCRITORA*), EN SU ACEPCIÓN PRINCIPAL, COMO ‘PERSONA QUE ESCRIBE’, PUES MILES DE MILLONES EN EL MUNDO SON LAS PERSONAS QUE ESCRIBEN”.

del *hablantinoso* (“que habla mucho”), pues el verbo *cuentear* significa “engañar a alguien con falsos rumores” (DRAE).

De ahí también el *fabulador* (“persona con facilidad para inventar cosas fabulosas o inclinada a ello”); aunque no hay que olvidar que, en el castellano antiguo, el desusado verbo transitivo *fabular* (del latín *fabulāri*) no significaba otra cosa más que *hablar*. Se *fablaba*, y lo *fablable* era lo “decible o explicable” (DRAE).

EN SU NOVELA cuasiautobiográfica *El hablador* (1987), Mario Vargas Llosa¹ centra su atención, y su fascinación, en los *kenkitsatatsirira* (*habladores*) machiguengas del Perú amazónico, en el Alto Urubamba, que son, igual que los novelistas y los escritores, pero en la tradición oral, los mantenedores de la memoria de la tribu; pero son también los *fabuladores*, los *invencioneros*, los *cuenteros*, y los *speakers* (en inglés), pero no con el sentido preciso de *oradores* o *conferenciantes* profesionales como los de hoy (ante un auditorio compuesto por fieles fanáticos), sino con el significado lato de *habladores*: los que hablan, los que relatan, los que cuentan y fabulan: los que tienen por vocación, oficio y misión, hablar, contar, referir la historia de la tribu.

El diccionario de la Real Academia Española, para definir al “que habla”, utiliza el adjetivo y sustantivo *hablante*, que muy poco tiene que ver con el *hablador* al que se refiere Vargas Llosa en su novela. En cambio, admite el sustantivo *escribidor* (femenino: *escribidora*), definiéndolo como “escritor prolífico” o simplemente *escritor* pero

con un sentido irónico; y advierte que el coloquial *escribidor* es un sustantivo desusado que se aplicaba al considerado “mal escritor”.

Convengamos que era así y que en esta forma irónica emplea el término Vargas Llosa tanto para sí mismo como para el personaje Pedro Camacho, en su novela *La tía Julia y el escribidor*.² Sin embargo, yerra la Real Academia Española al definir el sustantivo *escritor* (femenino: *escritora*), en su acepción principal, como “persona que escribe”, pues miles de millones en el mundo son las personas que escriben, esto es que, literalmente, son *escribientes*, y pocas son las personas “autoras de obras escritas o impresas” (segunda acepción del DRAE) que merecen el exacto nombre de *escritoras*.

Precisemos algo que se le pasa a la Real Academia Española (como se le pasan tantas cosas sin que se dé por enterada): si *hablante* (del antiguo participio activo de *hablar*) es el “que habla” (y, en general, son miles de millones los que hablan sólo porque tienen boca), por paralelismo lógico, *escribiente* (del antiguo participio activo de *escribir*) es, con toda precisión, el “que escribe” (y no sólo el amanuense o copista), en tanto que *escritor* es quien tiene por oficio y vocación escribir y publicar obras particularmente literarias, y no en lo general *obras* (de cualquier tipo) que pueden ser científicas, históricas, filosóficas, arqueológicas, antropológicas, etcétera, sin propósito literario ni valor estético.

A QUIEN ha publicado un libro científico sobre su especialidad (pongamos por caso *Sobre la teoría de la relatividad*



Fuente: pixabay.com

especial y general, de Albert Einstein), se le denomina *autor*, pero no necesariamente *escritor*, que es sustantivo que hoy, y desde hace mucho tiempo, monopoliza el "autor literario", aunque la Real Academia Española todavía no esté enterada de esto y, por ello, no lo consigne así en su diccionario.

Son escritores Cervantes, Santa Teresa, Quevedo, Sor Juana, Tolstói, Chéjov, Dostoievski, Virginia Woolf, Marguerite Yourcenar, Borges, Juan Rulfo, Vargas Llosa, George Steiner, etcétera, y no lo son Einstein, Newton, Darwin, Marie Curie, etcétera, aunque solamente hayan escrito tratados o libros de su especialidad.

En los casos de Platón, Aristóteles, San Agustín, Descartes, Kant, Wittgenstein, etcétera, queda claro que son filósofos, pues, aunque hayan escrito y publicado libros, esto es *obras* de filosofía, no se les denomina *escritores* (término que se utiliza, convencionalmente, como ya advertimos, para los autores literarios), sino *filósofos*. También hay abogados, ingenieros, médicos, etcétera, que son *escritores*, pero no por sus obras en leyes, ingeniería y medicina, sino por sus libros de literatura: generalmente, de ficción, ensayo y poesía.

La ignorancia lleva a cosas que resultan ridículas, cuando no hilarantes, por decir lo menos. Si hacemos una búsqueda en Google, perfectamente delimitada entre comillas, del concepto "escritores mexicanos", el primer resultado automático de tal búsqueda ofrece lo siguiente (incluidos los respectivos retratos): Octavio Paz, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Elena Poniatowska, Juan José Arreola, Sor Juana Inés de la Cruz, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Juan Villoro, Rosario Castellanos, Alfonso Reyes, Laura Esquivel, Jorge Volpi, Xavier Velasco, Elena Garro, Jaime Sabines, Alberto Chimal, Fernando del Paso, Sergio Pitol, José Agustín, Gabriel García Márquez, José Revueltas, Mariano Azuela, Juan García Ponce, Amado Nervo, Jorge Ibarguengoitia, Guadalupe Nettel, Cristina Rivera Garza, Xavier Villaurrutia, Vicente Leñero, Paco Ignacio Taibo II, Ramón López Velarde, Tryno Maldonado, Andrés Manuel López Obrador, Agustín Yáñez, Julián Herbert, Guillermo Fadanelli, José Joaquín Fernández de Lizardi, Enrique Serna, Martín Luis Guzmán, Carlos Pellicer Cámara, Ángeles Mastretta, Inés Arredondo, Álvaro Enrique, Salvador Novo, Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Payno, Ignacio

Padilla, Carmen Boullosa, Valeria Luiselli y José Vasconcelos.

Visto lo cual, el motor de búsqueda de Google ignora que García Márquez (1927-2014) vivió muchos años en México y aquí escribió muchos de sus libros, entre ellos su obra maestra *Cien años de soledad* (1967), pero no es un *escritor* mexicano, sino colombiano. Esto, por principio. Pero después está lo mejor: ¿qué *escritor* es ese que se llama Andrés Manuel López Obrador, que se codea con Octavio Paz, Juan Rulfo, Sor Juana, José Emilio Pacheco, Elena Garro y hasta con García Márquez? ¡Cuán rápidamente Google lo incluyó entre las lumbreras de la literatura nacional sin tener un solo libro de literatura! Porque queda claro que en la lista de Google no hay ni siquiera historiadores ni politólogos, sino únicamente "autores literarios".

No está ni siquiera Miguel León-Portilla, estudioso de la literatura indígena y prehispánica de México. Esto demuestra que, hoy, ser presidente de México se premia también, condescendientemente, no sólo con inexactitudes que desorientan al público, sino con descaradas mentiras que no son otra cosa que formas de genuflexión.

Lo cierto es que no se debe llamar *escritor* a cualquiera por el simple hecho de *escribir*. Su denominación precisa, como ya hemos dicho, es *escribiente*, complemento paralelo del *hablante*, aunque esto tampoco esté consignado en el DRAE, que únicamente lo aplica al copista.

EN MÉXICO, Aurora M. Ocampo lo supo mucho mejor cuando se publicó su



Fuente: pixabay.com

“NO SE DEBE LLAMAR *ESCRITOR* A CUALQUIERA POR EL HECHO DE *ESCRIBIR*. SU DENOMINACIÓN PRECISA, COMO YA HEMOS DICHO, ES *ESCRIBIENTE*, COMPLEMENTO PARALELO DEL *HABLANTE*, AUNQUE ESTO TAMPOCO ESTÉ CONSIGNADO EN EL DRAE”.

Diccionario de escritores mexicanos (UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Literarios, 1988-2007), cuyo antecedente es el diccionario homónimo de 1967, que escribió en colaboración con Ernesto Prado Velázquez: supo, como lo sabemos casi todos, que, por antonomasia, *escritor* es el *autor* literario. Por ello, en esta obra de referencia tienen cabida hasta los malos o medianos *escritores* (en tanto ostenten bibliografía certificada) y no así los buenos y los excelentes abogados, matemáticos, geógrafos, biólogos, arqueólogos, etcétera, que han publicado obras de su respectiva especialidad, pues estos son sin duda *autores*, mas no *escritores*, aunque usen la escritura y el libro para expresarse y divulgar los temas de sus disciplinas.

Este concepto (*escritor*), con esta precisión, está recogido, por fortuna, en el *Diccionario del español usual en México* (El Colegio de México, 2009, segunda edición, corregida y aumentada), donde leemos: "*escritor*. Persona que se dedica a escribir obras literarias, especialmente novelas, cuentos y ensayos".

Podría argumentarse que los autores literarios no deben monopolizar el sustantivo *escritor* (que pertenece a todo aquel que escribe), y que, para ello, existe el sustantivo y adjetivo *literato* ("dicho de una persona: versada en literatura" y "persona que profesa o cultiva la literatura": DRAE); sin embargo, este término hoy resulta un anacronismo, va en el camino del desuso y su significado exacto es el que le dio, en 1734, el *Diccionario de Autoridades*: "erudito, docto y adornado de letras". Por ello, cuando hablamos de *escritores* no hablamos simplemente de *autores de libros*. Escritor es Chéjov, pero no Chomsky. La escritura literaria es lo que hace al escritor.

Hoy, y desde hace algún tiempo, existen escuelas de escritores, o para hacerse escritores, pero no está de más señalar que los escritores de mayor trascendencia universal no acudieron jamás a una escuela para aprender a serlo, sino que desviaron su formación profesional y privilegiaron la escritura literaria hasta abandonar casi por completo su carrera universitaria: Antón Chéjov estudió medicina y la ejerció durante varios años; Marcel Proust se recibió de abogado, pero nunca practicó la abogacía, y no olvidemos a quienes no realizaron estudios universitarios: desde Joseph Conrad hasta Jorge Luis Borges, pasando por Mark Twain, Jack London, William Faulkner, Juan Rulfo, José Saramago y muchos más.

El escritor polaco Witold Gombrowicz (quien estudió Derecho en la Universidad de Varsovia) refiere, en una entrevista de 1969, la siguiente y muy sabrosa e ilustrativa anécdota:

Cuando estuve en Berlín me invitaron a una escuela para escritores y me pidieron que pronunciase un discurso. Dije: Lo primero que tenéis que hacer, si es que queréis ser escritores, es salir de aquí por las puertas o por las ventanas, da igual, pero huid en seguida, porque no se

“LOS *SPEAKERS* MODERNOS SON LOS
CONFERENCIANTES, O CONFERENCISTAS,
DE CUALQUIER TEMA, ENTRE ELLOS LOS TEMAS
ACADÉMICOS Y LITERARIOS,
PERO EN PARTICULAR SON LOS GURÚS DE LA
ESPIRITUALIDAD, LA AUTOAYUDA Y EL LIDERAZGO”.

puede aprender a ser escritor y no se os puede dar ningún consejo, como tampoco se puede dar instrucción a un escritor. [...] Pensar que la literatura es una especialidad, una profesión, es una inexactitud. [...] Hay personas que no han escrito en toda su vida [pensaba, tal vez, Gombrowicz, en Giuseppe Tomasi di Lampedusa y en la novela *El gatopardo*] y, de golpe, hacen su obra maestra. Los otros son *profesionales*, que escriben cuatro libros al año y publican cosas horribles.³

VOLVIENDO A LOS *SPEAKERS* modernos (oradores, conferenciantes, disertadores, arengadores, etcétera), el diccionario de la Real Academia Española ofrece el sustantivo *orador* (que sólo de un modo tangencial equivale a *predicador*): “Persona que habla en público, pronuncia discursos o imparte conferencias de forma elocuente y con estilo elevado”. Esta acotación (“de forma elocuente y con estilo elevado”) se la hubiera podido ahorrarse el DRAE, pues es inexacta: en muchísimos casos, los *oradores* ni son elocuentes ni poseen estilo elevado, a pesar de que su *modus vivendi* sea el de dictar conferencias y llevar a cabo disertaciones ante un público que paga o no por verlos y oírlos.

Los *speakers* modernos son, por supuesto, los conferenciantes, o conferencistas, de cualquier tema, entre ellos los temas académicos y literarios, pero en particular, hoy, son los gurús de la *espiritualidad*, la *autoayuda* y el *liderazgo*; muchos de ellos muy parecidos a los políticos demagogos que apelan siempre a los instintos básicos de su auditorio, a la emoción, al apasionamiento, al optimismo irracional, pero en ningún momento a la ciencia, la dura realidad y la razón. Se trata de hábiles y torvos manipuladores de la verdad: charlatanes, vendehumos, colocadores de paparruchas y supercherías y negociantes del *bullshit*, a los que se refiere Harry G. Frankfurt en su revelador ensayo *On Bullshit: Sobre la manipulación de la verdad* (2005). Ahí, Frankfurt explica:

Quando calificamos una charla de “humo”, queremos decir que lo que sale de la boca del que habla no es más que eso: simple vapor. Su discurso es vacío, sin sustancia ni contenido. En consecuencia, su uso del lenguaje no contribuye al propósito al que pretende servir. No se transmite más información que la que el sujeto daría soplando. Existen, ocasionalmente, similitudes entre el humo y los excrementos que hacen que *humo* parezca un equivalente especialmente adecuado

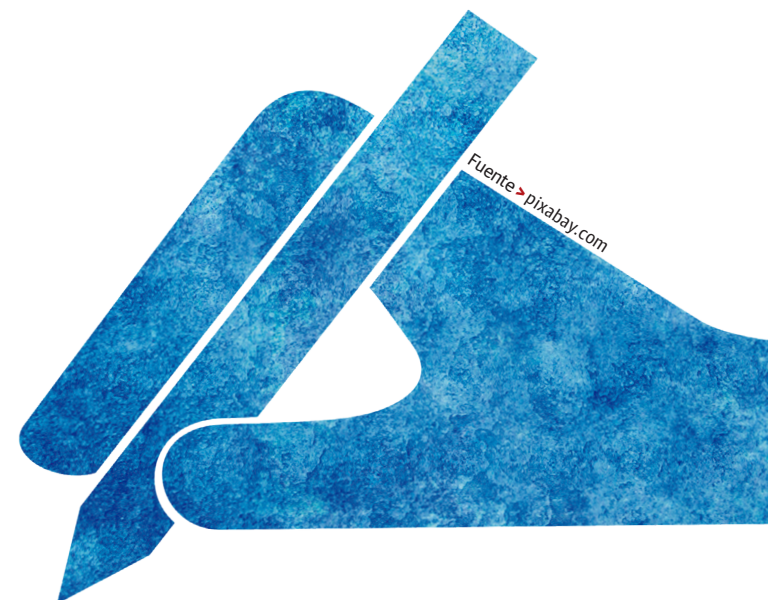
del *bullshit*. Así como llamamos humo a un discurso totalmente vacío de contenido informativo, así también el excremento es una materia de la que se ha eliminado todo lo alimenticio.⁴

En tal sentido, vender *humo* es, literalmente, vender *shit*, en el entendido de que “el excremento no puede servir para nuestro sostén, de la misma manera que el humo no puede servir para la comunicación”.⁵ Frankfurt concluye que la proliferación contemporánea de la charlatanería posee raíces muy profundas en las diversas formas de escepticismo “que niegan que podamos tener acceso seguro alguno a una realidad objetiva y que rechazan, por consiguiente, la posibilidad de saber cómo son realmente las cosas”.⁶

La doctrina de los *antirrealistas* se basa siempre en *otros* números, en *otras* cifras, en *otros* datos, en *otras* informaciones, y su propósito es socavar “la confianza en el valor de los esfuerzos desinteresados por determinar qué es verdad y qué es falso, e incluso en la inteligibilidad de la noción de indagación objetiva”.⁷ Si la verdad no puede ser conocida por el método científico, sólo queda la creencia, la fe, el dogma del *leadership* que es convertido en *leadershit*.

Esto es lo que se ha dado en llamar, entre los *speakers* del *bullshit*, el *pensamiento positivo*, que no es otra cosa que el optimismo ilimitado frente a una realidad que abruma. Bárbara Ehrenreich desmonta los mecanismos de esta doctrina en su libro *Sonríe o muere: La trampa del pensamiento positivo* (2009). El *pensamiento positivo* no es otra cosa que un autoengaño con el que también, muy lucrativamente, se engaña a los demás. Para la autora, “ser positivo” no es tanto un estado anímico o mental, sino más bien una ideología que estigmatiza a los *protestones*. El principio de esta ideología es que “si uno espera que el futuro le sonría, el futuro le sonreirá”,⁸ contra toda información objetiva, contra todo antecedente realista y aun científico. He ahí el humo del *bullshit*: la porquería humeante.

DISTINTOS A LOS *speakers* del *bullshit* existen, en el arte y en la cultura, los conversadores, los dialogantes admirables que también escriben y publican libros. Borges fue uno de ellos; magistral, sin duda. Existen, asimismo, los dialogantes y conversadores que, aunque además sean escritores, son más elocuentes y brillantes cuando hablan que cuando escriben. Tal vez equivocaron la vocación y la profesión, y muy probablemente sus libros sean olvidados antes que sus rollos.



En cuanto a los *speakers* profesionales, en sentido estricto (muy lejanos de los *kenkitsatsirira* machiguengas en el Perú amazónico, y a los fabuladores, novelistas y cuentistas), abundan en la política y entre los gobernantes y, en general, no son ni elocuentes ni brillantes *oradores*, pero sí hábiles manipuladores de la verdad, excelentes vendedores de *humo*, graduados en el dudoso arte del *bullshit*.

Desde el poder, el *bullshit* se potencia, en la medida en que convence a los que están dispuestos a convencerse sin cuestionar jamás al *speaker* que, además de líder, es el gurú. Comparado con éste (cuyo objetivo es el poder o el negocio), cualquier *kenkitsatsirira* del Alto Urubamba es un santo, un *fabulador* (exactamente, un *hablador*), cuya vocación nada tiene que ver con el poder político ni con la ganancia crematística, sino (al igual que el escritor por vocación y no por negocio) con el propósito de conservar y transmitir, sin tergiversar, la memoria de la tribu, y en donde la imaginación es tan importante como la realidad.

Tales son los auténticos guías del espíritu intelectual y emocional, que dan aliento a los *protestones* más que a los obedientes y sumisos. No es por nada que el escritor húngaro Stephen Vizinczey recomendó lo siguiente: “Antes de consultar a su abogado, consulte a su Balzac”.⁹ ■

NOTAS

¹ Mario Vargas Llosa, *El hablador*, Seix Barral, Barcelona, 1987.

² Mario Vargas Llosa, *La tía Julia y el escribidor*, Seix Barral, Barcelona, 1977.

³ Witold Gombrowicz, *Autobiografía sucinta, textos y entrevistas*, traducción de Javier Fernández de Castro, Anagrama, Barcelona, 1972, pp. 70-71.

⁴ Harry G. Frankfurt, *On Bullshit: Sobre la manipulación de la verdad*, traducción de Miguel Candel, Paidós, Barcelona, 2006, pp. 53-54.

⁵ *Ibidem*, p. 55.

⁶ *Ibidem*, p. 77.

⁷ *Ibidem*, p. 78.

⁸ Barbara Ehrenreich, *Sonríe o muere: La trampa del pensamiento positivo*, traducción de María Sierra, Turner, Madrid, 2011, p. 13.

⁹ Stephen Vizinczey, *Verdad y mentiras en la literatura*, traducción de Pilar Giralt Gorina, Seix Barral, Barcelona, 2001.

El 30 de septiembre falleció en Mendoza, Argentina, el humorista gráfico Joaquín Salvador Lavado, creador de la tira cómica Mafalda. A través de esa niña amante de los Beatles y de fuerte conciencia social supo plasmar la idiosincrasia, los abismos y las contradicciones de la clase media latinoamericana de los años sesenta. Aquí, el también dibujante BEF ofrece un acercamiento entrañable a Quino, cuya carrera en activo se extendió a lo largo de 53 años, aunque sólo nueve de ellos los dedicó a su personaje emblemático.

QUINO

EN SU TINTA

BERNARDO FERNÁNDEZ, BEF

@monorama

En noviembre de 2004 fui invitado por primera vez a una feria nacional del libro en Monterrey, junto con mi amigo Pepe Rojo. Ambos provenimos del *underground* y la escena postpunk de la Ciudad de México. Tras la presentación del día anterior, sobre *fanzines* y contracultura, desayunábamos en el hotel sede con Joserra Ortiz, nuestro anfitrión y, en esa época, presidente de la sociedad de alumnos de letras del Tec de Monterrey. En la mesa de junto estaban Rius, Jis y Trino. En la otra, un matrimonio mayor que comía en silencio y se fue pronto.

Cuando terminamos, Rius se acercó a nuestra mesa a conversar.

—¿No saludaste a Quino, mano? —me preguntó—. Estaba desayunando en la mesa de al lado.

No, no lo hice. Fue la última, la única oportunidad de platicar con él que me dio la vida. Quino y Alicia partieron ese día al aeropuerto y nunca volví a coincidir con él.

No lo lamento: lo conocí a través de sus dibujos.

EL HOMBRE TÍMIDO

Escribir de Quino y eludir lugares comunes o superlativos es un reto complejo. Cuando el 30 de septiembre pasado se anunció su muerte en los medios, las redes se inundaron de entrañables testimonios que repetían una y otra vez: “conocí las tiras de Mafalda antes de aprender a leer”, “sus cómics fueron fundamentales en mi educación sentimental”. Prácticamente todos los historietistas entrevistados

“QUINO RETRATÓ CON HUMOR MORDAZ LA SOCIEDAD ARGENTINA DE LOS SESENTA Y, POR EXTENSIÓN, DE AMÉRICA LATINA”.

al respecto lo señalaron como responsable de su vocación profesional.

Pocas veces el mundo se conmueve de esa manera ante la desaparición física de un ¿caricaturista? ¿narrador gráfico? ¿poeta? ¿filósofo? Quino fue todas las anteriores, *rolled into one*, como se dice en inglés coloquial. Pero con pocas excepciones, la muerte de las personas dedicadas a estos oficios pasa desapercibida para el gran público.

¿Quién fue ese hombre calvo, muy tímido? Nacido en 1932 en Argentina, provincia de Mendoza, en una familia de migrantes andaluces, mantuvo siempre un bajo perfil. Fue bautizado como Joaquín Salvador Lavado Tejón —nombre digno de uno de sus personajes— en honor de su tío, dibujante publicitario que habría de inculcarle el amor al dibujo.

Su biografía, como la de casi todos los dibujantes de cómics, tiene pocos sobresaltos y ningún giro espectacular. Perdió a su padre a los 14 años; migró a Buenos Aires en los años cincuenta para integrarse al circuito de revistas humorísticas y de historietas de la capital del país; en 1960 se casó con Alicia Colombo, quien habría de ser su compañera hasta la muerte de ella,

casi sesenta años después. Simpatizante liberal de la izquierda, sin afiliaciones políticas. Sin hijos. Poco más.

Sin embargo, al mismo tiempo se trata del historietista más importante en el idioma español.

LA HIJA DE PAPEL

Lo repitió en entrevistas a lo largo de su vida: Quino dijo haber creado a Mafalda por encargo de una agencia de publicidad, cuando ya era un profesional bien establecido del cómic. El ardid era publicar las peripecias de una familia de clase media, usuaria de los electrodomésticos Mansfield (de ahí el nombre de la protagonista). La campaña nunca se lanzó pero Quino logró colocar la tira, primero en el semanario *Leoplán*, luego en el diario *La Nación*.

Durante los siguientes nueve años dedicaría su vida —al parecer casi literalmente— a producir la tira que, como él enfatizaba, no aparecía en la sección de tiras cómicas sino en las páginas editoriales. A través del microuniverso de Mafalda y sus amigos (Felipe, Manolito, Susanita, Miguelito, Libertad y su hermano menor, Guille), Quino retrató con humor mordaz la sociedad argentina de los años sesenta y, por extensión, de América Latina. Su agudeza habría de convertirse en universal.

MAFALDOLOGÍA ESENCIAL

Podría escribir una tesis de maestría acerca de Mafalda. No lo haré nunca; a cambio, ofrezco unos apuntes breves:

- **MAFALDA ES UNA OBRA** sapiencial, como el libro de los Salmos, en la *Biblia*. Cada tira sintetiza una reflexión profunda sobre la condición humana, en clave de humor.

- **HAY MÁS SABIDURÍA** en una tira de Mafalda que en un aforismo de Cioran.

- **CADA PERSONAJE** del elenco es un arquetipo de lo humano. Si clasificamos a las personas —de manera irracional— a través de los horóscopos, podríamos hacerlo de acuerdo con su personaje





Fuente > gestion.pe

totémico de la tira de Quino: “Es que eres tan Felipe” o “Esa chica es muy Susanita y tú, muy Manolito, por eso no combinan bien”.

◦ **No, MAFALDA NO ES** la respuesta latinoamericana a *Peanuts*, de Charles M. Schulz, como se dijo desde el lanzamiento de la tira. Quino reconoció haberse basado en el trabajo del estadounidense; ambas tiras las protagonizan niños que emiten reflexiones de adultos. Pero donde Schulz se permite el vuelo fantástico y el *comic relief* desafortunados, Quino se muestra más bien contenido.

◦ **SE ANTOJA SEÑALAR** a Mafalda como un personaje mucho más profundo que Charlie Brown. Sería injusto con el estadounidense. Compararlo con Quino es como preguntarle a Mafalda a quién quiere más, a su mamá o a su papá. O equiparar a Ursula K. Le Guin con Angélica Gorodischer.

◦ **TRAS NUEVE AÑOS** de producir la tira, agotado, Quino tuvo la claridad de abandonar su creación. Supo que de ceñirse a su personaje, como hizo Schulz, comenzaría a repetirse, se volvería un esclavo de la niña. Para ese momento, mediados de los setenta, ya los libros compilatorios de la tira eran *best sellers*: se cuenta que la primera edición del tomo uno se agotó en dos horas.

◦ **MAFALDA ES UNO** de los primeros cómics latinoamericanos (y si me apuran, incluso del mundo) que se trascienden a sí mismos como objeto mediático de consumo inmediato para convertirse en literatura sin adjetivos (quizá el primero fue *El Eternauta*, de Héctor Germán Oesterheld y Francisco Solano López).

◦ **NO EXISTE AQUELLA** tira en la que Mafalda es atropellada por un camión de sopa. ¿Qué persona monstruosa haría eso al personaje que lo catapultó a la inmortalidad? Yo he visto al menos un par de ejecuciones apócrifas. Me parecen del peor gusto posible.

◦ **A QUINO** le gustaba la sopa. En la tira era una metáfora, declaró, “del militarismo y la imposición política”.

◦ **CONTABA DANIEL DIVINSKY**, editor de Quino en Ediciones de la Flor, que mandó traducir las tiras de Mafalda al inglés para proponer su publicación

“LO DIGO SIN MIEDO AL EXCESO:

LA DIVINA TRINIDAD DE LA LITERATURA ARGENTINA SON BORGES, CORTÁZAR Y QUINO”.

en Estados Unidos (la primera edición extranjera fue la italiana). Para su desconcierto, la respuesta negativa decía que el cómic era “demasiado inteligente para los lectores norteamericanos”.

◦ **LO DIGO SIN MIEDO** al exceso: la divina trinidad de la literatura argentina son Borges, Cortázar y Quino. “Nuff said!”, como decía Stan Lee. Y sin duda, este último es el único historietista del *boom* latinoamericano.

DESPUÉS DE MAFALDA

Imagino que la decisión de abandonar la tira debió ser complicada. La gente cercana a Quino señala que sus movimientos, profesionales y no, eran asesorados y aprobados por Alicia, su mujer. ¿Le habrá dicho ella “Mafalda o yo”? Imposible saberlo.

Dos notas al calce: Jodorowsky decía, hablando de Moebius, que los dibujantes suelen elegir como parejas a mujeres fuertes, dominantes. Como son niños que dibujan toda la vida, buscan mamás, razona el chileno. Por otro lado, soy enemigo de hacer psicocrítica, pero no puedo soslayar la presencia en los cómics de Quino de matrimonios que están compuestos por hombres pequeñitos y mujeres enormes, avasallantes. Dejaré aquí esta idea y me alejaré lentamente...

El hecho es que de 53 años de carrera —se retiró oficialmente en 2007—, Quino dedicó sólo nueve a su *opus magnum*. En la historia de los cómics se repite esta relación de amor-odio con la creación más exitosa: un personaje que da fama y fortuna a su creador pero le impide hacer otros proyectos o cuya sombra lo persigue el resto de su

vida. Imposible no pensar en Cervantes, quien siempre vio a su Quijote como un divertimento.

Nada tiene de menor la obra de Quino posterior a Mafalda. Durante los siguientes treinta años exploraría, a través del humor gráfico, dos temas que parecen cruzar todo su trabajo: la mezquindad y la estupidez humana. Los más de veinte títulos que recogen sus caricaturas y cómics son una prodigiosa exploración de los más oscuros vicios humanos. Es su sentido del humor agri dulce el que le permite encontrar en medio de tanta inmundicia un pequeño rayo de esperanza.

Justo la chispa humorística y el dibujo caricaturesco salvan a Quino del abismo nihilista. Sin esos dos componentes, su trabajo sería de una oscuridad y amargura insoportables. Pienso en autores como Jean-Marc Reiser o Thomas Ott, por ejemplo.

Ello no lo exenta de momentos siniestros. Recuerdo, por ejemplo, la tira de un hombre obsesionado con dar un puñetazo en la cara a un enemigo, alguien que lo humilló años atrás; el sujeto atraviesa la ciudad para vengar la afrenta sólo para descubrir, en casa de su enemigo, que éste acaba de morir. El protagonista termina su vida en un psiquiátrico, dando puñetazos al aire. Digno de Jean Genet. Eso me hace pensar que en el fondo de su corazón misántropo siempre latió una pequeña vena por la que corría una savia llena de amor concentrado por la humanidad. En un arte tan proyectivo de la personalidad como el cómic es imposible hacer dibujos tan tiernos teniendo un alma negra.

Y es justo esa luz de esperanza lo que dio al modesto hijo de unos migrantes andaluces no sólo premios tan prestigiosos como el Príncipe de Asturias, sino el amor de lectores de todas las edades y de manera sostenida desde hace más de cincuenta años.

Saber que la muerte de Alicia, en 2017, y la imposibilidad de seguir dibujando por motivos de salud le agriaron la vejez me rompe el corazón. Pensar que el amor mundial por sus personajes le entibiara el alma me consuela.

Ahora es inmortal. ☐



Fuente > infobae.com

Aunque en 2018 la difusión de material íntimo y el acoso sexual cibernético fueron tipificados como delito en Puebla —y 18 entidades los han incorporado a sus códigos penales—, el problema no ha perdido relevancia. ¿Qué tormenta interior se desata cuando circulan en internet fotos explícitas enviadas por una chica a su novio y difundidas por él cuando termina la relación? El testimonio de Carmen refiere los alcances de esta nueva conducta delictiva, mientras permite vislumbrar que también es factible sobreponerse a su daño.

VIOLENCIA DIGITAL: HABLA UNA VÍCTIMA

MEMO BAUTISTA

@MemoMan_

Carmen siente coraje, miedo y asco cuando lee el mensaje privado en Facebook. “¿Quién eres? ¿Qué quieres?”, escribe molesta. “Fotos tuyas”, contesta un tal José Alberto. “Desnuda”. Vienen las amenazas: “Ya tengo dos. Las voy a subir”. En los últimos cinco años, la chica es atacada así en sus redes sociales. También por WhatsApp y llamadas telefónicas. “No sé cómo consiguen mis datos”, dice. “De pronto tengo muchas solicitudes de amistad”.

En algún lugar hay un sujeto sentado frente al celular o la computadora, el pantalón abajo y la mano puesta en el órgano que lo hace hombre. O eso cree él. En la pantalla está Carmen con los pechos desnudos. “Cambio seguido mi número. Así como yo, muchas mujeres viven asustadas”.

“No digas de dónde soy. No difundas mi ubicación. Sólo di que soy de un municipio de un estado pequeño de México”, pide la chica. Platicamos por WhatsApp. Su foto de perfil nunca es la misma. A veces hay un emoji sonriente. Otras muestran las líneas de expresión en las mejillas o los labios. Su rostro de 27 años siempre está oculto. Igual ocurre cuando viaja en el transporte público rumbo a la bodega donde trabaja. La imagino en un día de verano esperando el camión, con la cabeza cubierta por una *kufiyya*, el pañuelo árabe que en México llamamos *palestina*. Cualquiera pensaría que usa la prenda de algodón para protegerse del sol. Cuando aborda jala un extremo de la tela y tapa su rostro. De ese modo, los ojos quedan descubiertos.

No quiere ser reconocida. Las fotos de sus senos expuestos y su cara han viajado por internet desde 2015. Pablo —así llama a su exnovio— quiso vengarse cuando ella terminó la relación. Subió las imágenes a la web.

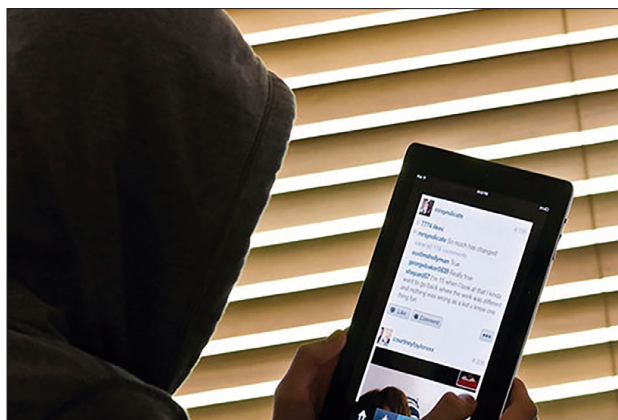
Me hace otra petición:

—¿Puedo cambiarme el nombre?

—Sí, claro. ¿Cómo quieres llamarte?

—Carmen, como la mamá del tipo que subió a redes mis fotos.

EXPONÍADATOS en una junta de trabajo. En una pausa revisó su teléfono y leyó



Fuente > sijn.org

una amenaza de Pablo. Salió al baño. Respiró. Al tomar de nuevo el celular vio en Instagram su foto desnuda. Al regresar a la sala de juntas no era la misma mujer.

Se conocieron desde la secundaria. Asistían a un colegio particular, donde los chicos populares eran rubios y delgados. El cuerpo curvilíneo de Carmen le elevó la autoestima, porque además era divertida y hacía reír a sus compañeros. Pablo era un chico alto, regordete, de cabello rubio, facha desaliñada y buen carácter. El primer día de clases él le sonrió mientras estaban formados en el patio. Se hicieron amigos. Cuando terminaron la prepa cada quien tomó su camino.

Carmen se tituló de la universidad y comenzó a trabajar. Una tarde, Pablo la contactó por Instagram. Era encantador, bromista, se interesaba por sus actividades, le daba los buenos días y le deseaba buenas noches. Platicaban hasta agotar la batería de los celulares. Se enamoró. Dejaba las juntas para hablar con él, le ilusionaba verlo y escuchaba canciones que la hacían pensar en su boca, sus manos.

“Enséñame las tetas”, le propuso Pablo una noche por el chat. “Es normal”. Carmen liberó los pechos y tomó una foto de su cara sonriendo y los senos libres. Algo en el intercambio erótico de imágenes le gustó. Se sentía sexy, bonita, amada. Volvió a retratarlos cuando él lo pedía.

El encanto de Pablo desapareció. Se enojaba si ella no quería enviar fotos. “¡Estás jugando con mi inteligencia!”,

vociferaba. Carmen creía que provocaba la cólera de su novio. Al final rompió con él. Cambió su teléfono. Fue doloroso. No vivió el luto del noviazgo porque sus proyectos laborales no podían esperar. Siempre estaba de prisa, pero alegre. ¿En qué andas?, le preguntaban y ella contestaba, en broma: “¡Estoy reforestando! ¡Voy a sembrar! ¡Quiero hacer composta!”.

Una noche fue con sus amigos al baile de la feria del pueblo. Dos tipos le clavaron la mirada. Luego los ojos gelatinosos de un borracho se perdieron en su escote; el hombre dejó escapar murmullos que apestaban a alcohol fermentado y al amargor de su hígado podrido. Sin esperarlo, el grito de un viejo la dejó helada: “¡Ya llegó la más puta del rancho!”. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué todos la miraban con lasciva? Carmen no entendía. Al otro día, en una reunión de trabajo, vio la foto de sus pechos en Instagram. Al terminar la junta renunció.

“¿QUIERES PASARLA RICO? Llámame, soy ninfómana y una cerda”, leyó bajo una de sus fotos en internet. Al lado aparecían imágenes de otra chica jugando con un dildo que luego introducía en su vagina. No era Carmen ni se parecía. No importaba. En esta forma de ataque quien sube las fotografías hace creer que las dos mujeres son la misma persona y además incluye datos reales como domicilio, perfil de redes sociales y teléfono.

Carmen cambió su número para no recibir llamadas de hombres que le solicitaban servicios sexuales. Por las noches la náusea reaparecía. Vomitaba y no podía dormir. Se paraba frente al espejo y observaba los senos redondos, las curvas de sus caderas. Al ver su rostro, el mismo que veían los hombres mientras se masturbaban, sentía repugnancia de sí misma.

En las madrugadas eliminaba de Facebook a personas que no conocía y a excompañeros del colegio, que la insultaban. Escribía en el buscador *La quemada*, como la apodaron, para saber qué decían de ella. Buscaba en Instagram perfiles de pornografía para tratar de eliminar sus fotos. Dio de baja

sus redes sociales y se encerró en su casa por tres años. No volvió a tomarse un retrato, ni siquiera con su familia. Pablo y sus amigos, hijos de los influyentes en el pueblo, se encargaron de que toda la gente de la localidad, incluso quienes no manejaban redes sociales, supieran de las fotos de la chica.

SU FAMILIA ERA TRADICIONAL. Su papá trabajaba para tener una posición económica estable; su mamá se dedicaba al hogar; su hermano mayor y hermana menor seguían el ejemplo de sus progenitores. Como a todas las mujeres de su pueblo, de niña le dijeron que se casaría, tendría un marido al que honraría con obediencia y sería una madre virtuosa, grata a los ojos de Dios.

Tras salir de la universidad se coló en la política. A los 22 años, un partido la lanzó como su candidata a un cargo público. Se le podía ver con damnificados, mujeres quemadas y niños de bajos recursos. Aunque no ganó, obtuvo impulso para desarrollar proyectos en favor de la comunidad. Era una señorita *bien* de la sociedad pueblerina.

Cuando se enteraron de las fotos, el papá y el hermano de Carmen le retiraron la palabra. En la calle, los gritos de apoyo se convirtieron en agresiones y los compañeros de trabajo la tachaban de *ninfómana*. Las mujeres no le hablaban pero la miraban de arriba a abajo con envidia, coraje y burla, todo junto. Cuchicheaban sin discreción y reían bajito. El colmo: unos homosexuales del pueblo le gritaron que era "una cerda".

Un día Carmen iba por la calle cuando pasó una camioneta. El chofer desaceleró y avanzó al paso de la chica. Por la ventanilla salió una voz.

—¡Eh, putita! ¡Súbete!

Carmen siguió viendo al frente. Ignoró al sujeto, pero apresuró el paso.

—¡Que te subas, con una chingada! —ordenó el tipo, golpeando el auto.

Carmen corrió hasta perderlo.

—Cuando voy a ese lugar estoy en peligro —me dice.

CARMEN NECESITABA DINERO para solventar sus gastos. Un amigo le ofreció ser cocinera y lavaplatos en su restaurante. Aceptó. En la cocina nadie podría molestarla.

Una tarde, al terminar su turno fumó marihuana con un compañero del establecimiento. Se sintió triste. Bebió mezcal para olvidar el vuelco que tomó su vida e ingirió pastillas que encontró entre su ropa. Cuando llegó a casa, la borrachera hizo que liberara a gritos eso que la consumía.

—¿Por qué a mí? ¡Quiero justicia! —decía mientras estrellaba su cuerpo contra la pared de la estancia—. ¡Mátenlo! ¡Maten al hijo de puta! ¿Dónde está mi buen nombre? ¡Soy una estúpida! ¡Soy la puta del pueblo! —repetía, siempre llorando.

Terminó en el suelo.

—¡Quieres llamar la atención?! ¡Anda, sigue! —su padre bufaba con el rostro contraído por la rabia. Por primera vez en dos meses le decía algo. Después vio la bota de su hermano

“UN DÍA CARMEN IBA POR LA CALLE CUANDO PASÓ UNA CAMIONETA. EL CHOFER DESACELERÓ Y AVANZÓ AL PASO DE LA CHICA. POR LA VENTANILLA SALIÓ UNA VOZ. —¡EH, PUTITA! ¡SÚBETE!”

estrellarse contra su cabeza, mientras su mamá lloraba de vergüenza.

Su hermana la llevó al baño. Vomitó y no supo más. Cuatro días después abrió los ojos. Tenía dolor de cabeza. Estaba ahí su mamá.

—¿Qué pasó? ¿Cuánto tiempo pasé dormida?

—¿Todavía preguntas? ¡Eres una alcohólica y una adicta!

Se dio la vuelta y la dejó sola.

“PABLO ES UN JUNIOR, hijo de un señor con mucho poder”, escribe Carmen. “Me hubiera encantado difundir sus fotos para que sintiera lo mismo que yo, pero quise proteger a mi familia”.

Intentó denunciar. Primero fue al Ministerio Público de su municipio. Pidió hablar con la policía cibernética. Su *pack* ya estaba en grupos que en redes se nombran “quemones” o “las más putas de...”, donde intercambian fotos íntimas de mujeres, claro, sin su consentimiento.

—Aquí no hay policía cibernética —le contestó un agente—. Tienes que ir a la capital del estado.

Cuando llegó a la agencia de la capital tampoco sabían nada. Salió de la dependencia. Abordó un camión. Pensaba que era una burla para su familia. Pidió que la dejaran bajar. Se quedó inmóvil a la orilla de la carretera, esperando que algún tráiler la atropellara. Horas después regresó a casa, fracasada. Tiempo después le diagnosticaron anemia: así su cuerpo gritaba de dolor.

—Ese cabrón no merece ser más feliz que tú —le dijo su hermana—. Inténtalo otra vez. No te quiero ver muerta.

Lloró por días. La sal de las lágrimas irritaba su piel blanca y marcaba surcos en la cara.

FUE CON UNA PSICÓLOGA que su mamá pagó. Habían pasado varios meses. La terapeuta le mostró la nota de un periódico que hablaba de una chica de Puebla que sufrió un ataque parecido: Olimpia Coral Melo Cruz. Cuando tenía 18 años, su novio filtró un video donde


mantenían relaciones sexuales. Olimpia tampoco recibió apoyo de las autoridades. Le decían que lo que pasaba en internet no era tangible, por tanto, no había delito. Además, ella se había dejado grabar. Olimpia dijo que lo más difícil fue reconciliarse consigo misma, reconocer que no era culpable por tener vida sexual y que quien la traicionó debía sentir vergüenza, no ella. Carmen entendió que no era la única en esa situación.

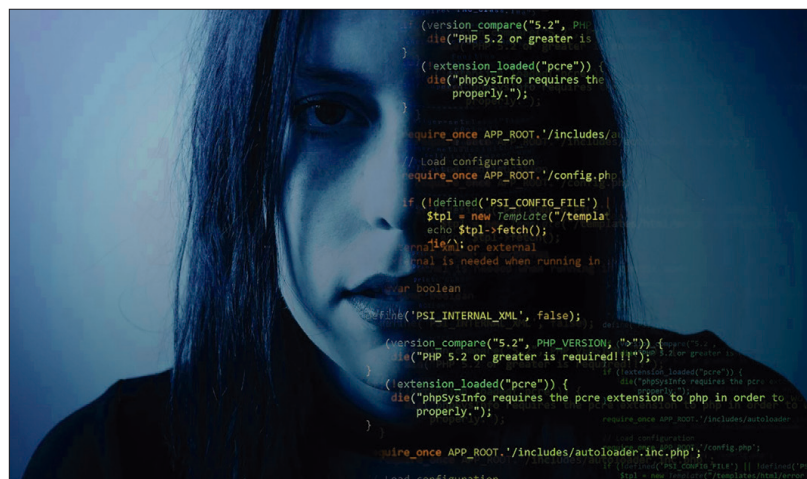
Olimpia y otras víctimas se manifestaron para que la difusión de material íntimo, el acoso sexual cibernético y demás actos virtuales violentos fueran reconocidos y castigados como delitos. El 3 de diciembre de 2018 se aprobó un conjunto de reformas al Código Penal de Puebla. Le llamaron coloquialmente *Ley Olimpia*. Hasta este momento, 18 estados en México y la capital del país la han incorporado a sus códigos penales.

Carmen empezó a leer sobre feminismo y derechos humanos. Su familia y ella se mudaron a la capital del estado. Ahí conoció a la fiscal general, quien la orientó sobre casos de violencia digital; en un taller de género coincidió con Olimpia Coral. Cuando se abrazaron, por primera vez en mucho tiempo no se sintió sola. Ya empezaba a recuperarse.

IMAGINO A CARMEN sentada en el piso. Los ojos cerrados. El cuerpo en relajación. Su teléfono reproduce música de flauta. Ella respira muy suave. Una voz en la grabación repite cada cierto tiempo *lo siento, perdóname, gracias, te amo*. Se trata de *homonopono*, un método de relajación y sanación creado en Hawái. “Con él he visto lo increíble que es mi cuerpo. Resistió todo, aunque aún me pongo triste y lloro porque mis fotos siguen en internet y seguro alguien gana dinero con ellas”, me cuenta. “Hoy estoy en un ambiente de amor y respeto, tengo otro tipo de amigas. Son activistas y son mis incondicionales”.

A veces Carmen debe ir al pueblo. Aún algunos hombres la miran con morbo y le piden servicios sexuales. En una ocasión entró a un bar a esperar a una persona. A los diez minutos llegó un grupo de amigos, después varios clientes solos. A la media hora ya no había mesas libres. Sin que se diera cuenta, el dueño del sitio le tomó una foto y la envió a un grupo de WhatsApp. El local se llenó a reventar. Todos cuchicheaban. Para ellos, Carmen era un fenómeno. Ella mira su realidad de otra forma. “Esa gente me da lástima. Ellos ven pornografía, son los agresores. No debo pedirle perdón a nadie. Mi vida la decido yo”.

“ME GUSTARÍA TENER UNA PAREJA —apunta—, alguien que no me lastime ni me ridiculice. Que no sea mi patrón ni tampoco mi agresor. Que sea mi compañero, mi igual”. Carmen quiere algún día cursar un doctorado en el extranjero. Se visualiza libre, caminando sin miedo por la calle, con escote y vestido corto, arreglada para ir a bailar. 



Fuente: eige.europa.eu

AL MARGEN

Por
**VEKA
DUNCAN**

@VekaDuncan

RESIGNIFICAR EL COLONIALISMO

“SI BIEN ENTIENDO
LA DIFICULTAD DE
OFRECER RESPUESTA
A UN PROBLEMA
TAN COMPLEJO,
ESTOY CONVENCIDA
DE QUE ES NECESARIO
DESCOLONIZAR
CALLES Y MUSEOS”.

En 1861, cuarenta años después de la consumación de la Independencia y a poco más de cincuenta de la abolición de la esclavitud en México, en las aguas de Sisal, Yucatán, se hundía La Unión. Era un barco esclavista de la empresa española Zangroniz Hermanos y Compañía, que a partir de 1855 traficaba con mayas, llevándoles de la Península de Yucatán a Cuba. El descubrimiento de los restos de este navío por parte de los investigadores de la Subdirección de Arqueología Subacuática del Instituto Nacional de Antropología e Historia pone de relieve una realidad a la que aún nos cuesta mucho trabajo enfrentarnos: tenemos un pasado colonial y debemos ocuparnos de él. Hoy que estamos tan cerca del Día de la Raza vale la pena reflexionar sobre qué dicen estos vestigios de ese capítulo de nuestra historia.

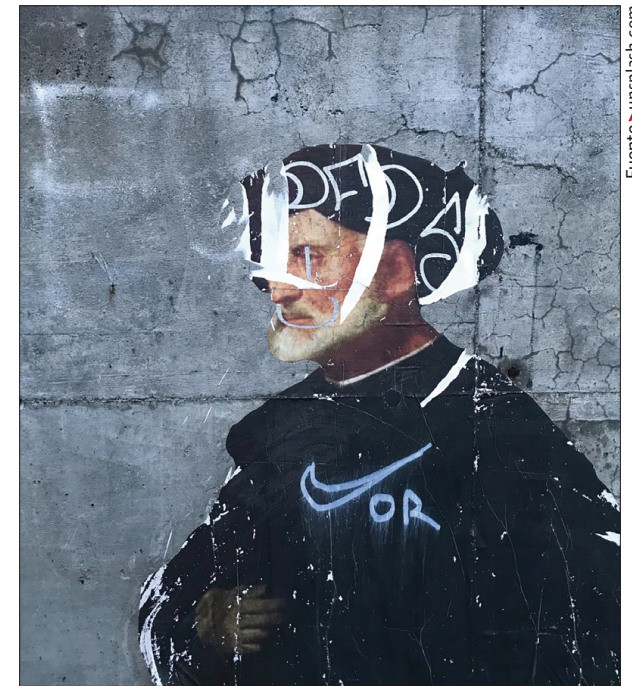
EL HALLAZGO, llevado a cabo en 2017 y presentado el 15 de septiembre pasado, es a todas luces estremecedor, pues nos habla de un momento lastimoso dentro de una larga cronología de injusticias hacia los pueblos indígenas de nuestro país. En 1855, la Península seguía inmersa en la llamada Guerra de Castas, conflicto iniciado en 1847 con el levantamiento de la población maya contra los abusos de criollos y blancos. Este contexto evidentemente fue aprovechado para tomar cautivos a indígenas y embarcarlos hacia el Caribe en calidad de esclavos. Tan sólo a través de La Unión se traficaban entre 25 y 30 mayas al mes; de acuerdo con los investigadores Abiud Pizá y Gabriel León, cada individuo era vendido por 25 pesos a los intermediarios y estos, a su vez, lo revendían hasta por 160. Añado una suposición quizá apresurada, pero no improbable: el hecho de que éste sea el primer barco de esclavos mayas del que se tiene noticia no significa que haya sido el único.

En la historia de la esclavitud en México, constantemente se nos reitera que durante el virreinato ésta era una condición reservada para la población de origen africano, pero que de ninguna manera se permitía el trabajo forzado de indígenas, como si eso de alguna forma lo justificara. Basta con revisar las condiciones a las que estaban sometidos los indígenas yucatecos, y que precisamente llevaron a la Guerra de Castas, para comprobar que, en realidad, la situación no era tan favorable para ellos como se ha insistido. Lo cierto es que tanto los cincuenta años de conflicto en la Península como el hallazgo en cuestión demuestran que la Independencia hizo poco por cambiar su situación —en gran medida debido a la lejanía entre Yucatán y la capital. Pero la trascendencia de este descubrimiento va más allá: abre un nuevo camino hacia la investigación sobre la esclavitud en México, del que aún queda un gran trecho por andar y que nos obliga a replantear nuestra mirada en torno a ese abominable pasado. Es decir, lo que la presencia de este barco en aguas yucatecas subraya es que en el México independiente se siguió perpetuando el mismo sistema racista del colonialismo europeo y, como bien lo ha señalado el historiador Federico Navarrete, su huella sigue muy presente hasta nuestros días.

A LA REVELACIÓN que supone el descubrimiento de La Unión para la historiografía se suma el contexto en el que se da a conocer. No es necesario recordar aquí lo que significó el asesinato de George Floyd para el debate sobre el enaltecimiento del colonialismo y la esclavitud a través de los monumentos públicos y las obras expuestas en museos, pero sí habría que resaltar el rezago —y la resistencia— que hay en México sobre ese tema. Mientras instituciones europeas y estadounidenses han iniciado interesantes procesos de reflexión sobre el vínculo del colonialismo con sus

colecciones, replanteando sus discursos curatoriales y corrigiendo sus cedularios, en nuestros museos se exhiben piezas como cuadros de castas y álbumes de tipos sin ningún reconocimiento abierto y explícito al racismo que subyace esas representaciones de las etnias de la Nueva España y el México decimonónico. Tampoco se ha hecho mucho por contextualizar la presencia de personajes como Cristóbal Colón en nuestro espacio público.

Por supuesto que no estoy proponiendo que salga ahora mismo una turba enardecida a tirar esos monumentos —aunque puedo entender lo catártico que sería—, pero me parece que el tema no ha sido tratado con suficiente seriedad. Si bien entiendo la dificultad de ofrecer respuesta a un problema tan complejo, estoy convencida de que es necesario comenzar a descolonizar nuestras calles y museos. Abramos el debate sobre las implicaciones de los cuadros de castas, pero también preguntémosnos por qué los Indios Verdes fueron exiliados a los márgenes de la ciudad; expliquemos por qué fue pertinente en



Henrik Dønnestad, *Sin título* (Oslo, Noruega).

su tiempo erigir un monumento a Colón y por qué hoy en día ya no lo es, pero también discutamos la necesidad de crear nuevos memoriales a las poblaciones esclavizadas e históricamente oprimidas. No es que no haya ejemplos de estos ejercicios en México: ahí está la placa que contextualiza la estatua ecuestre de Carlos IV y también la resignificación que se hizo del Monumento a la Madre. Lo que hace falta es voluntad y un mayor reconocimiento a la importancia de estos esfuerzos.

BASTA VER cómo el Museo Británico ha desarrollado un recorrido de su colección a partir del comercio esclavista o el Rijksmuseum de los Países Bajos está cambiando los nombres de sus salas y señalando en sus cédulas las piezas que fueron saqueadas, para darnos cuenta de que el colonialismo permea nuestras obras de arte e instituciones culturales. Sin embargo, en México parece ser tabú siquiera proponer que se tenga una discusión sobre el tema o se deje algún testimonio que dé cuenta de ello. Por otro lado, de pronto pareciera que ese ímpetu por eliminar cualquier rastro de esos episodios dolorosos de la historia es un intento por borrar ese pasado e, incluso, de higienizarlo. Ése tampoco debe ser el camino. En realidad, se trata de hacer todo lo contrario: debemos admitir lo ominoso que fue y, en nuestro caso, tenemos que aceptar que el haber sido colonia no nos exime de ser colonialistas. ■

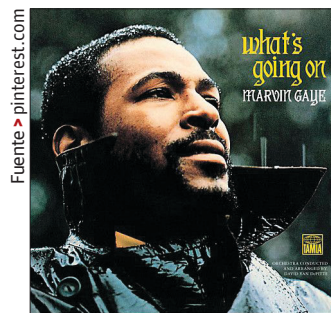
DESDE SUS INICIOS *Rolling Stone* siempre se ha caracterizado por pisotear el prestigio de aquellos a quienes considera sus némesis. Hace unos días ha vuelto a encender la polémica al publicar una actualización de la lista de los *500 Greatest Albums of All Time*. La sorpresa es que incluyen títulos que antes no figuraban en su radar. A exponentes de la música latina y de otros géneros que nunca antes habían tomado en cuenta, pese a que varias de las nuevas adiciones tienen más de una década de existencia.

Qué promueve este cambio de fichas. ¿En realidad *Rolling Stone* está a favor de la pluralidad y la diversidad? La credibilidad de la revista está por los suelos, desde hace mucho tiempo. Y una decisión de esta naturaleza no hace sino erosionarla más. Desde la irrupción del rap y el hip hop, *Rolling Stone*, que antes había centrado su interés en la música blanca, comprendió que su supervivencia dependía de documentar el nuevo fenómeno musical. Su transformación nunca fue del todo honesta. Había una gran cuota de conveniencia en esta decisión.

En estos tiempos en que la justicia por fin alcanza a las minorías, *Rolling Stone* pretende reivindicar sus errores del pasado al situar en el número uno a *What's Going On*, de Marvin Gaye. Éste desplaza a *Sgt. Pepper's* de los Beatles, que antes ocupaba el primer lugar, al puesto 25. A qué clase de criterio obedece. ¿No se supondría que el *Sgt. Pepper's* debería estar en el segundo puesto? *Abbey Road* ocupa el quinto escalón y *Revolver*, el onceavo. ¿Al final son mejores que *Sgt. Pepper's*? ¿Les llevó más de cuarenta años darse cuenta?

La personalidad de *Rolling Stone* siempre ha sido demasiado pasional hacia aquellas figuras que enjuicia. Muchas de las mejores bandas de la historia les despiertan un amor-odio que no pueden controlar. No dudemos que en el futuro, con otro arrebato de volubilidad, regresen el *Sgt. Pepper's* al primer puesto.

Rolling Stones ha desplegado a lo largo de su existencia dos estrategias. La de erigirse en villano. Y la de asumirse como aliado de las causas nobles. Sus bandazos están documentados en *Sticky Fingers*, de Joe Hagan, la biografía de su director y fundador. Con la actualización de la lista pretende adecuarse a la moral de la época. Pero para su mala fortuna, su *ranking* ha dejado de tener relevancia. La publicación se ha traicionado tanto que ha perdido todo impacto cultural.



Fuente: > pinterest.com

“LA INICIATIVA DE
ROLLING STONE PARA
ESTABLECER UN CANON
ERA AMBICIOSA”.

La actualización del conteo era totalmente innecesaria. La única razón para renovarlo puede encontrarse en la creciente población latina en Estados Unidos. Lo que promovió la inclusión de Selena, Daddy Yankee, Bad Bunny y Shakira. Lo que refuerza la hipocresía de *Rolling Stone*. ¿Es la calidad de la música o los consumidores hispanos lo que importa? La nueva lista supone un problema que va más allá de los intereses de la revista. No puedes meter en un mismo saco a Bob Dylan y a los Ramones con Beyoncé y Rosalía. No tienen absolutamente nada que ver.

La primera versión de la lista incluía en su mayoría a ejecutantes de rock. Muy pocos de jazz, por ejemplo. Pero la realidad es que una selección de 500 álbumes es demasiado exhaustiva. Se termina por convertir en anecdótica, más que en referencial. Una antología se entiende como un ejercicio de rigor. Pero al incluir tantos exponentes el juicio se desdibuja. No estoy en contra de las listas. Sí en el criterio bajo el que se realizan. La iniciativa de *Rolling Stone* para establecer un canon era en principio ambiciosa y arriesgada. Para al final terminar por convertirse en acomodaticia. Y bastante desinformada. Cómo es posible que incluya a Manu Chao pero no a Luis Alberto Spinetta.

La diversidad de la revista sería más auténtica y menos frívola si separara los discos por tradiciones. Pero eso implicaría un reto para el que no están preparados. El desdén que muestran por el jazz es un ejemplo de lo verdaderamente cerrados que son. Organizar por categorías los mejores discos de las distintas eras sería mucho más práctico. Sólo así es posible dimensionar cada género en sus propios términos. Pero eso requiere mucho trabajo de investigación. Y *Rolling Stone* ha dejado de ser una publicación especializada. Su crisis ya es milenaria. Y ni siquiera este tipo de patadas de ahogado podrá salvarla. □

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
CARLOS VELÁZQUEZ
@Charfornication

500 DISCOS
DE TODOS
LOS TIEMPOS

HABITANTE de los resquicios, el escorpión sabe de las voces orilladas a los márgenes por los turiferarios del canon y los policías del *buen gusto*. En el coro de esas voces literarias alternas, afinadas en la oscuridad, el alacrán ve luz, deslumbramiento artístico, experiencia estética formativa.

Hasta su grieta en el muro llega entonces al escorpión la alharaca en torno a las revistas culturales mexicanas *Nexos* y *Letras Libres*. Opiniones encontradas, lamentos, reclamos, listados de autores y de abajofirmantes aderezan la discusión en los mentideros político-culturales, y traen a la memoria del alacrán la carta abierta a Enrique Krauze escrita por Rafael Lemus el 5 de diciembre de 2013, cuando decidió renunciar al consejo de *Letras Libres* y abandonar la revista.

En ese momento, Lemus era el crítico y ensayista literario más joven y brillante de la publicación, donde escribió por más de una década. Sus polémicas reseñas, su apuesta por el talento contra la mera promoción, así como su crítica a la literatura mexicana por su inmovilidad, falta de rebeldía y de experimentación, abrieron territorios más libres a la crítica y la literatura misma.

“Como sabes, desde hace tiempo me he ido desplazando hacia la izquierda y, casi por carambola, mi distancia intelectual e ideológica con la revista ha crecido, al grado de que hoy rara vez coincido con sus posturas políticas y estéticas”, dice Lemus en la carta.

Más adelante agrega: “Ocupada en censurar toda práctica de izquierda, la revista desatiende sistemáticamente asuntos que me parecen cruciales: la desigualdad, la

LETRAS LIBRES

“LEMUS ERA EL CRÍTICO Y ENSAYISTA
LITERARIO MÁS JOVEN DE LA PUBLICACIÓN”.

exclusión, la precariedad económica. Consagrada a defender un liberalismo que terminó por volverse hegemónico, apenas si hace la crítica de nuestro presente, de las sociedades capitalistas y democracias liberales en que vivimos”. ¡Tómala, barbón!, como dicen por el rumbo del venenoso.

La cosa no para ahí. “No comparto la hostilidad de buena parte de los consejeros ante todo aquello que rebasa los bordes del humanismo liberal (la “teoría”, la academia, los estudios culturales, el arte contemporáneo, las vanguardias, los estridentistas, [Mario Santiago] Papeasquiario y lo que se acumule esta semana), y desde luego no planeo sumarme a ninguna cruzada contra ello”.

El escorpión no encontró un enlace a la carta, pero se puede consultar en la red aunque fragmentariamente, y más allá de las críticas a Lemus de escritores de izquierdas y derechas, su bien documentada disidencia marcó para mal a esa revista. Su carta ilumina los acontecimientos actuales con la fuerza de la crítica y la razón, insiste el alacrán. □

EL SINO DEL ESCORPIÓN

Por
ALEJANDRO DE LA GARZA
@Aladelagarza

TEXTOS
DISIDENTES

FETICHES ORDINARIOS

Por
**LUIGI
AMARA**
@leptoerizo

LA SILLA EN EL
BANQUILLO

Quizá nunca antes en la historia habíamos pasado tanto tiempo sentados como en este *annus horribilis*. La silla ha dejado de ser un mueble y se ha convertido en una continuación del cuerpo, propensa a los gruñidos y a toda clase de quejumbres y, claro, a los entumecimientos. En mi caso, la compenetración ha llegado tan lejos que ya no sé si me dan calambres en las piernas o en uno de mis tobillos de madera.

AUNQUE LA IDEA MISMA de silla esté emparentada a la catedral, al sitio o lugar de un obispo, y la cátedra remita al privilegio de contar con un asiento, con una sede fija desde la cual ejercer el magisterio, estructuralmente no deja de ser un entramado de muletas para el trasero. Es como si la cadera, para seguir con la trenza etimológica ("catedral", "cátedra" y "cadera" provienen del griego *κατά*, contra, hacia abajo, y *ἔδρα*, asiento), quisiera echar raíces y afincarse sin comprometer las piernas, siempre tan inquietas y amigas del desplazamiento. Todavía no se ha cumplido una hora de clase virtual y nos preguntamos si no se habrá congelado la imagen además del pensamiento; hace ya mucho que los pies empezaron a impacientarse, que las rodillas se mueven y tamborilean en señal de rebelión, de desacato a la tiranía de la silla, renuentes a esa concepción sedentaria de la escuela y de las juntas de trabajo, de los rituales colectivos alrededor del aprendizaje y los acuerdos. Cada vez que alguien relaciona el brincoteo de las piernas con nerviosismo o ansiedad, pienso con nostalgia en los viejos tiempos peripatéticos, cuando la enseñanza no estaba confinada a las (j)aulas y entrar a clase se entendía como una salida al aire libre, una suerte de excursión al campo.

En especial si cuenta con brazos y adopta la forma de butaca o poltrona, la silla se parece a un cuerpo sin cabeza, rígido y servicial, sobre el que tenemos derecho a desplomarnos. Mientras la cama invita a retozar, a la agitación subterránea del sueño, la silla, pilar de las labores intelectuales, símbolo de mando y de las decisiones con mayúsculas, sugiere horario de trabajo, abandono del cuerpo, compromiso con la inmovilidad. Siempre me han inquietado esos brazos que salen del respaldo para que apoyemos los nuestros, en forma de ofrecimiento, de abrazo equívoco pero tentador, en el que se insinúa la sombra de las tenazas; cualquiera juraría que nuestras extremidades son de gelatina y precisan de puntales, que la actividad mental requiere sostener nuestro peso con toda clase de bastones y andamios. *El pensador* de Rodin está, por supuesto, sentado y apoya la cabeza en los nudillos de forma retorcida, tal vez porque sus lucubraciones son ya una forma de contorsión; nosotros, más lánguidos e inconstantes, nos entregamos a la silla, a veces incluso nos desparramamos en ella, con la confianza de contar con un exoesqueleto —así sea de PVC.

LA SILLA COMUNICA su pasividad y hace que la fábrica del cuerpo se pliegue a su dibujo y comulgue con su espíritu de fijeza. Las torres de sillas apilables son sólo una continuación de la premisa de un hombre que embona perfectamente con el trazo en forma de *h* de su asiento. El cuerpo convertido en silla es el de quien ha optado por quedarse en un lugar, atornillado, quizá porque se ha ganado un sitio. No en vano las plazas de



Copi, *Los pollos no tienen sillas*, El cuenco de plata, Buenos Aires, 2012.

los académicos se denominan *sillas* (a las que se aferran hasta que la muerte los separe) y los escaños en las cámaras, *curules*: un tipo de asiento plegable, en forma de *x*, reservado a los magistrados de la Roma imperial.

En el libro *Entre el mueble y el inmueble* (*entre una roca y un lugar sólido*), el artista visual y escritor de origen cheroqui Jimmie Durham da vueltas alrededor del perfil opresor de la silla. Apunta que antes de su invención no nos sentábamos, o no de esa manera contundente y casi definitiva como lo hacemos hoy. En la era del nomadismo, cuando los seres humanos se aceptaban animales migrantes, sentarse era una acción parecida a estar de pie, a apostarse o distender los músculos, una pausa o transición en contacto con el suelo, las rocas o los troncos de los árboles; todavía en muchas partes del globo la gente se sienta, por decirlo así, en el aire, sin ninguna base o soporte externo, en cuclillas. Más que a una necesidad corporal, la silla respondería a la urgencia de tener un sitio, de mantener una posición, de detentar un poder. *Sede*, *sedimento* y *presidente* son palabras que se remontan a la raíz indoeuropea "sed", sobre la que se asienta literalmente el verbo latino *sedere*: sentarse.

Sin importar los problemas que genera en la columna vertebral, las afectaciones en el área pélvica y los trastornos de colon y riñones que ocasiona, el imperio de la silla se ha extendido a casi todos los ámbitos. ¿Qué son el retrete, el columpio o el automóvil sino derivaciones a veces monstruosas de la silla? ¿Cuánto tiempo pasamos sobre esos pedestales embozados que tarde o temprano confundimos con troncos? La gran ironía es que ahora debemos realizar toda clase de estiramientos y ejercicios para aguantar las sesiones interminables sobre la silla, nuestro potro de tortura cotidiano... Y si ya en el patíbulo se dispuso la comodidad de un asiento electrificado, tal vez muy pronto habrá ataúdes en forma de silla, indicados especialmente para los cuerpos que regresan por automatismo a rutinas de ángulos rectos. Desde el punto de vista de la ergonomía, la altura del escudado es más bien propicia para el estreñimiento; aunque podría rediseñarse en consonancia con la postura más natural e inspiradora de sostenerse en cuclillas, la silla se entroniza y no acepta cambios ni sucesores.

TANTO EN *Los pollos no tienen sillas* como en la serie de *La mujer sentada*, Copi, el irreverente escritor y dibujante de cómics argenfrancés, ha puesto sobre el escenario, justo al centro de la página, las múltiples valencias de la silla, las implicaciones de un sedentarismo a ultranza. A la narigona que no se mueve de su asiento ni para dormir se le pueden dar todas las interpretaciones imaginables; ya sea que represente a la burguesía, al poder o a la madre, lo que cada cartón pone en juego es la desigualdad, la jerarquía, el desequilibrio entre quien ha alcanzado una posición y quienes no tienen sitio ni lugar y no dejan de preguntarse por qué la silla se les niega.

No sé si todavía perdure ese juego que antes no podía faltar en las fiestas infantiles: el juego de las sillas. Una *lección de vida*, una carrera loca y cruel para familiarizarse con los mecanismos de la sociedad. Quizá hoy, con el trasero aplanado y las piernas en escuadra, ha llegado el momento de desempolvarlo y jugarlo al revés: pierde el que se queda sentado. ■

“TAL VEZ PRONTO
HABRÁ ATAÚDES
EN FORMA
DE SILLA, PARA
LOS CUERPOS
QUE REGRESAN
POR AUTOMATISMO
A RUTINAS DE
ÁNGULOS RECTOS”.